

TRABAJO DE CIEGOS

Por Franz Lobo

¿Existe algún trabajo de ciegos?

Y no me vale la respuesta fácil que todos estáis pensando, no he vendido un cupón en mi vida. Lo que quiero decir es: ¿existe algún trabajo que sólo los ciegos puedan desempeñar?

Yo pensaba que no, que ninguna tarea era específica para nosotros, pero que con mi esfuerzo y la tecnología necesaria podría trabajar de lo que quisiese, salvo de árbitro de fútbol, aunque haya gente que opina cada fin de semana que hasta yo lo podría hacer mejor.

Hasta aquel día.

Mi hermano Ángel buscaba un coche de segunda mano en el periódico local cuando se tropezó con un anuncio y las palabras siguientes: “Busco un hombre totalmente ciego para trabajo. Extraordinario salario, pocas obligaciones”, seguidas por un número de teléfono y un nombre: Mordred. Medio en broma medio en serio me leyó el texto y me alcanzó el teléfono: “Ya verás, David, seguro que es un tío muy celoso que quiere un masajista para su mujer. O alguien que tiene una suegra muy fea que cuidar.” Algo en el anuncio me daba buenas sensaciones, quizás fuera el llamar a las cosas por su nombre. Soy ciego, ni invidente ni minusválido, y mucho menos una “persona con capacidades perceptivas reducidas”. Estoy seguro de que los eufemismos acabarán con las palabras algún día.

Mi hermano me acompañó a mi primera jornada de trabajo al día siguiente, en las afueras de la ciudad. Llegamos al lugar a mediodía, según él, una gran mansión ultramoderna, un cubo enorme de paredes blancas y cristales oscuros, minimalismo y revistas de decoración. Olía a dinero y desinfectante. Las losas del camino hacia la puerta no se movieron ni un milímetro al poner los pies sobre ellas. Yo me fijo en estas cosas.

Poco después me encontraba del brazo de una chica, debía ser hermosa, ya que es lo único capaz de hacer callar a mi hermano, que marchó con un leve adiós. Ella y yo fuimos recorriendo pasillos, algunos rectos, otros en espiral, escaleras y salones. Sus tacones resonaban en el vacío de los muros, la chica desprendía un aroma tenue y penetrante a la vez. Todavía no he podido sacarlo de mi mente, viene a mí en los momentos más inesperados, como un escalofrío.

Mordred, extraño nombre para unas manos aún más extrañas. Fuertes y secas, juraría que sin línea alguna, pero no hagan caso de quien no puede verlas. Su voz profunda y familiar, como si ya la hubiese oído en alguna parte, me anunció mis tareas: “Ésta es la puerta al balcón, David. Tú trabajo será limpiarlo por dentro cada día, con esta tela. Sólo tendrás que quitarle la escarcha, muy poca cosa para lo que te voy a pagar.” No me gusta hablar de dinero, sólo decir que con lo que me pagaba podría permitirme vivir como un pachá el resto de mi vida.

Todo era muy sencillo. Yo llegaba todos los días a la misma hora que la primera vez. Venus, que así se llamaba la belleza sobre tacones, me llevaba hasta la puerta del

balcón. Ella no podía ir más allá, de hecho nadie podía. Sólo un ciego, con la excepción de Mordred podía adentrarse en el balcón, sólo un ciego podía limpiarlo de escarcha. El balcón era un cubo perfecto, la puerta en uno de sus lados, las demás paredes al alcance de mis brazos, un pequeño espacio sin presencia alguna de olores ni ruidos, donde mis sentidos se reducían al tacto. Al principio se me hacía extraño, el hecho de frotar con aquel trapo de seda las frías paredes del interior. Eran de una materia única, suaves como el cristal, firmes como la roca, al mismo tiempo parecía que palpitasen bajo mis manos, cuando libraba su superficie de una escarcha que no era hielo ni era agua, pero que se fragmentaba en copos con un suave toque de la seda.

Una noche de finales de otoño fui llamado a la casa, era urgente, necesitaban de mis manos. Fui conducido por una Venus que volaba sobre sus tacones, casi haciéndome tropezar con las paredes al intentar seguir su paso. Mordred me esperaba a la puerta del balcón. “Perdona las molestias, David, las paredes del observatorio se llenan hoy de escarcha muy rápidamente y casi no puedo ver. Si yo pudiera tocar la superficie del balcón ya lo habría limpiado yo, pero no puedo interferir”. Estas palabras me rondaban la cabeza mientras desescarchaba el interior. ¿Qué observaba Mordred desde aquí?, ¿qué quería decir con eso de que no podía interferir?, ¿por qué sólo una persona ciega como yo podía hacer ese trabajo?

La curiosidad fue royendo mi interior cual gusano una manzana, hasta no dejar hueco más que para el gusano. Le pedí a mi hermano su cámara digital y me explicó cómo funcionaba y donde estaban los controles del disparo automático. Lo cierto es que no

soy demasiado bueno enfocando. Ángel me llama “*el Guillotina*” por la cantidad de cabezas que corto las pocas veces que me encarga tomar las fotos. A la mañana siguiente me presenté al trabajo con la cámara bajo la chaqueta, dispuesto a desvelar el misterio. Limpié el balcón con más cuidado de lo habitual, no queriendo que quedara escarcha que impidiese la visión. Guardé el trapo en el bolsillo y comencé a fotografiar los 6 lados del cubo. Nunca había sentido ni frío ni calor allí dentro, pero por una vez juraría que aquel espacio cerrado estaba poco a poco convirtiéndose en una sauna.

No recuerdo nada del camino de vuelta a casa ni del tiempo que transcurrió hasta que me encontré sentado en el sofá. Ángel trasteaba con la cámara para descargar las fotos a su ordenador, le podía oír desde el salón mientras canturreaba una canción de Lou Reed. De pronto, un grito inhumano llena la casa, un alarido desgarrador que no puede provenir más que de la garganta irreconocible de mi hermano, seguido del sonido de una pantalla que explota en mil pedazos. Después, el silencio, la quietud más terrible. Distan 23 pasos desde el sofá hasta la butaca frente al ordenador, lo sé, los cuento en mi cabeza como recorriendo el camino mentalmente hasta allí. Pero soy incapaz de moverme, soy incapaz de acercarme hasta allí y de ver con mis manos la cara de mi hermano, cubierta de escarcha.